

Fernando Gamboa: identidad y nacionalismo

♦
BERTA TARACENA

Obras maestras del arte mexicano

Fernando Gamboa (1906-1990) es reconocido como uno de los grandes hombres de México en el siglo XX, por enaltecer y destacar valores culturales de nuestro país, en especial las artes plásticas, en todas sus expresiones históricas, desde la época prehispánica hasta nuestros días, y tanto en México como en el extranjero.

Relata el distinguido Richard F. Brown, director del Museo de Arte de Los Ángeles, California, lo siguiente:

Durante una bella mañana del otoño de 1962, mientras paseaba hacia el Puente Alexandre, disfrutando de la refinada belleza que hace de París lugar de todos los hombres cultos del mundo, quedé de repente sorprendido de encontrarme con una gigantesca cabeza Olmeca en las escalinatas del Petit Palais. Se trataba nada menos que de la obra introductoria a la gran *Exposición de obras maestras del arte mexicano*, acerca de la cual había oído tanto durante los cuatro años anteriores, mientras realizaba un viaje de estudio por las principales capitales de Europa: Londres, Moscú, Leningrado, Estocolmo, Berlín, Varsovia y Viena, entre los trece centros culturales que visité por entonces.

Emergí deslumbrado, varias horas después, de las salas del Petit Palais, y supe que ésta era la exposición que tenía que ver el público de Los Ángeles. Compuesta por más de dos mil magníficos objetos, representaba la primera revisión importante y verídica de la historia del arte mexicano mostrada al mundo, itinerario que debía incluir a los Estados Unidos, por su completa y espléndida cobertura cronológica y el amplio panorama abarcado, ya que además de la suprema

categoría estética de los materiales, la objetividad y claridad de la exposición comprobaba una vez más que el arte no es únicamente un placer estético o una singular expresión humana, sino que puede ser un lazo de unión entre los hombres, ya que la asombrosa continuidad de las vigentes formas, igual que los contrastes culturales y el esplendor mostrados a través de más de tres mil años de historia de arte mexicano, me revelaron la auténtica personalidad de todo un pueblo... ¿En cuál capital del arte del Nuevo Mundo, mejor que en Los Ángeles, podría una exposición como ésta presentarse con mayor beneficio? Muchas razones para este provecho vienen a la mente: la proximidad geográfica, el gran número de habitantes de ascendencia mexicana, siglos de historia común entre California y el país del otro lado de la frontera, conciencia y gusto por las cosas mexicanas sin paralelo en otras partes del mundo, numerosos coleccionistas interesados en los frutos de esta cultura, así como promotores y galeristas que por muchos años se han especializado en mostrar el arte mexicano en Los Ángeles.¹

Este valioso testimonio ilustra desde diversos puntos de vista la tarea de Gamboa respecto a su propia cultura. Nacido en la Ciudad de México, estudió pintura en la Academia de San Carlos. Parte de su juventud la dedicó a la enseñanza del arte tanto en las Misiones Culturales de la SEP, como en calidad de profesor e inspector de artes plásticas. De 1935 a 1936 ejecutó con un grupo de pintores unos mu-

¹ Richard F. Brown, introducción al catálogo *Master Works of Mexican Art. From Pre-columbian Times to the Present*. Los Angeles County Museum of Art, Los Ángeles, octubre de 1963-enero de 1964. La traducción es mía.

rales en el antiguo edificio de los Talleres Gráficos de la Nación, presidió la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) y dirigió la revista *Frente a Frente*. A partir de esta etapa se dedicó a la museografía y a la museología, disciplina que creó en México y en la que sobresalió como uno de los especialistas más conocidos del mundo.

España en llamas

La primera gran exposición que organizó Gamboa para el extranjero, *Un siglo de grabado mexicano*, con el fin de dar a conocer la obra de José Guadalupe Posada (1852-1913), se presentó en Valencia, Madrid y Barcelona en plena guerra civil española. A su regreso a México, a finales de 1937, por encargo del presidente Lázaro Cárdenas, presentó en el Palacio de Bellas Artes la exposición *España en llamas* y, más tarde, al resultar derrotados los republicanos en 1939, se encargó de la política mexicana de asilo a los refugiados, notable en todo el mundo por su apertura y célebre por traer a México a sobresalientes intelectuales como José Bergamín, los escritores José Herrera Petere, Paulino Massip y Eduardo Ugarte, los poetas Emilio Prados y José Corner, el oftalmólogo Manuel Márquez, los entomólogos Cándido e Ignacio Bolívar, los filósofos Joaquín Xirau, Juan Larrea, Eugenio Imaz, los profesores Pedro Carrasco, Rosa Ballester y Ricardo Vinos, el arquitecto Fernández Balbuena, el economista Antonio Sacristán, el músico Rodolfo Halffter, los pintores José Renán, Miguel Prieto y Antonio Rodríguez Luna, el canónigo José Gallegos Rocafal y personajes de la cultura como Luis Buñuel, Ceferino Colinas, Remedios Varo, Luis Recaséns Siches, Pedro Bosch, Margarita Nelken, quienes, junto con otros españoles de todos los estratos sociales, se fundieron con los mexicanos en un solo pueblo. Gamboa quiso denunciar que todos estos patriotas sostuvieron una guerra heroica contra la traición y la intromisión internacional, porque la de España

no fue sólo una guerra civil, lo fue de invasión y por ello desigual, las batallas se sostuvieron a cuerpo limpio contra tanques blindados y entre frágiles aviones contra los *junquers* nazis y los tetramotores de Mussolini, como me dijo una vez aquel gran piloto y soldado que fuera Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana. Todo esto sucedió, yo estaba allí y pude atestiguarlo

escribe Gamboa en sus memorias.

Museografía y museología

De nuevo como director de la Sala Nacional del Palacio de Bellas Artes, organizó una serie de exposiciones de artistas del siglo XIX que constituyeron las bases del programa futuro de museografía y museología del arte mexicano. José María Velasco (1840-1912), José Guadalupe Posada y los anónimos provincianos de Jalisco, Puebla, Guanajuato y Veracruz probaron contener valores estéticos y filosóficos suficientes para ser objeto de todo un tratado de arte.

A partir del periodo 1941-1945, queda asentado que las obras de los artistas deben ser catalogadas y estudiadas técnicamente para difundirlas en todo el país y fuera de él. En 1944, Gamboa montó en el Art Institute of Chicago la obra completa de José Guadalupe Posada y la museografía correspondiente a ello le valió gran prestigio en los museos estadounidenses. Gracias a eso, trajo a México la obra grabada completa de Henri de Toulouse-Lautrec (1864-1901), exposición que representó el nacimiento de la política de intercambio artístico entre México y otros países.

Gamboa hizo crítica de arte durante dos años en la revista *Tiempo*, de la que fue miembro fundador por invitación del escritor Martín Luis Guzmán, y luego extendió su interés hacia otras áreas, pues instaló el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec (1944), modernizó los museos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y presentó en la



Sociedad de Arte Moderno, fundada por él para alcanzar mayor libertad de expresión en esa área creativa, una muestra de arte prehispánico que fijó las reglas de la moderna museografía mexicana. Igualmente importante resultó en esos días la presentación de la muestra de Manuel Álvarez Bravo, pues logró que en México se concediera a la fotografía el rango de arte visual. Años después fue miembro fundador del Instituto Nacional de Bellas Artes (1947), creó el Museo Nacional de Artes Plásticas en el Palacio de Bellas Artes y consiguió los terrenos donde se encuentra actualmente el Museo de Arte Moderno de Chapultepec, de tal modo que, a los 40 años de edad, su retrato aparece estrechamente ligado al estudio y a la difusión del arte mexicano, merced a una incesante tarea de descubrimiento, rescate y valoración.

Hombre de una sola pieza, resultan indivisibles en Gamboa su pensamiento y su intimidad, porque fue leal a sí mismo al llevar a cabo un programa de trabajo, pues no enfrentó los inconvenientes propios de un hombre de familia en el sentido tradicional del término: no tuvo hijos en matrimonio y su vida sentimental fue variable. Otras características permanentes de su trayectoria fueron el negarse siempre a perder su valioso tiempo en luchas pequeñas y el no ceder fácilmente cuando estaba seguro de tener la razón. Por estos aspectos, en su muy particular orden de cosas, donde lo más importante fue el trabajo, y como resultado de sus innatas facultades personales, alcanzó la gran altura de las metas cumplidas en la mayoría de los casos.

Personalidad entregada a las ideas y a las obras, Gamboa sabía considerar a la gente con



generosidad y se acercó más a quienes eran capaces convertir en realidad con eficacia un noble anhelo o de defender una causa legítima y hacer a un lado la estupidez y la incompetencia. En contraste, lo enfermaba la mentira, principalmente por considerar que lo superficial y lo vulgar nunca debían tener cabida en su campo de trabajo. Debido a su afán de perfección, Fernando padecía angustia al ver correr el tiempo y calcular lo mucho que le faltaba por hacer y que no podría cumplir, como la fundación de un Centro de Estudios Museográficos, que como última voluntad dispuso llevar a cabo y financiar con sus propios bienes, pero que se frustró por la falta de un testamento suyo actualizado (su muerte en accidente le impidió modificarlo de acuerdo con los últimos proyectos culturales que concibió).

Recuerdos y memorias

En tiempos de especialización llevada a extremos inusitados, Gamboa llegó a abarcar, con profundo dominio de la materia, diversos campos del conocimiento humano. Ahí quedan como testimonio sus ricos archivos compuestos de libros, catálogos, textos, documentos, fotografías y transparencias, ahora en peligro de perderse por las insuficiencias de su testamento. Su patrimonio incluye colecciones de pintura, escultura, gráfica y objetos varios, testimonio de la singular expresión que es el arte mexicano a través de los siglos.

Recuerdos diversos nos traen a la memoria a Fernando como gran conversador. Su plática era chispeante pues en ella se mezclaban noticias, planes, sugerencias, chistes y sonrisas, y resultaba como una cordial invitación a los interlocutores para participar de una manera u otra en la maravillosa aventura del diálogo y la comunicación. Todo el ancho mundo era su laboratorio y su tesoro de experiencias era combustible inagotable para alimentar su fértil y diversificado talento creador.

Museógrafo, museólogo, escritor y educador, creaba con frecuencia modelos absolutos, captados en sus formas esenciales, que animaron durante décadas el movimiento de las artes plásticas en México, al que dio orientación y un enorme y certero impulso, y del cual formó importantes colecciones—aspecto ahora muy descuidado—. Museógrafo imaginativo, intervino con su refinado gusto y sentido de las formas en la realización de importantes exposiciones presentadas tanto en América como en Oriente, en Europa como en Australia, en la Ciudad de México y en otras del interior de la República.



Infatigable y destacado coleccionista de arte mexicano antiguo y moderno tuvo una especie de sexto sentido para hallar piezas notables, seleccionar y reunir obras maestras y conjugar múltiples y trascendentes valores plásticos de la cultura mexicana.

Desintegrar e integrar

Como persona, Gamboa se caracterizó por una gran curiosidad sin límites por la gente y las cosas, así como por una admirable tenacidad para llegar a la médula de sus asuntos y resumir luego sus hallazgos en síntesis claras y objetivas, siempre en cuanto al conocimiento y la difusión del arte mexicano en sus cuatro periodos históricos, a saber: prehispánico, colonial, moderno y contemporáneo.

En su campo fue precursor y descubridor, gracias en parte a sus antenas de fina sensibilidad con las que percibía el valor de las cosas antes que nadie en general se diera cuenta de su existencia. Un ejemplo de este talento, entre otros innumerables, es la singular exposición titulada *La monumentalidad en la plástica mexicana: San Cristóbal*, celebrada en 1984 en el Palacio de Iturbide (Fomento Cultural Banamex), donde, en torno al tema monográfico de San Cristóbal, el museólogo reunió diversas obras maestras que sólo él sabía cómo y dónde localizar y que exhibieron el valor rotundo de la monumentalidad en la plástica mexicana de todas las épocas ante los ojos de todos.

Lo mismo le ocurría con la gente. Sabía reconocer de inmediato las potencialidades de una persona y le causaba intenso placer contribuir al despertar y desarrollo de un talento, ya

se tratara de un artesano, un artista, un aprendiz de museógrafo, un crítico, un coleccionista o un promotor de arte. Compartía con entusiasmo sus conocimientos, experiencia y tiempo con aquellos a quienes atribuía posibilidades. Para él, estimular sana y desinteresadamente el desarrollo de una personalidad fue un ejercicio constante que lo gratificó a lo largo de toda su vida, ya que la falta de una familia propia lo llevó a crear en torno suyo una formada por técnicos y especialistas que lo llenaban de satisfacciones con su eficaz trabajo en favor del arte mexicano.

Comprometerse con la vida

Gran viajero, visitó extenso número

de países a los que llevó ejemplos del arte mexicano y por cuya cultura y espíritu se interesó. No era sólo un buscador de sensaciones y al peregrinar absorbía las más íntimas esencias de cada lugar, tomaba apuntes, efectuaba estudios estéticos comparativos, investigaba las cocinas exóticas y valoraba el arte culinario mexicano como uno de los más refinados del mundo. Su amor a la vida, su entusiasmo de existir, aun en medio de las más grandes penas, y su soledad peculiar de hombre de familia le permitieron gozar por igual de líneas y volúmenes, colores y sonidos, proyectos e ideas, como de la candencia de una mujer al caminar, la mirada de unos ojos bonitos y el esplendor de las formas del arte a través del tiempo.

La gente que conoció lo recordaba siempre, con amor o con odio. Fue famoso y estimado en todas partes; donde trabajó dejó amigos y gente interesada en la cultura nacional. Contó entre sus amigos a las figuras más distinguidas de los campos del arte, la ciencia y la política y también personas comunes con las que vivió y trató con el mismo afecto e interés que dispensaba a aquéllas.

Pero su amor más grande, su más intensa preocupación y lo mejor de su espíritu creativo fue siempre para México, en el que se concentró durante la última etapa de su vida, volviendo más y más su atención hacia los problemas nacionales, el estudio de las expresiones más valiosas de nuestra cultura y la realización final de una obra propia hondamente mexicana, en la que cifró el tesoro de su universalidad. ♦